

La “vecindad” en la gran ciudad

Por HELMUT KLAGES

Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*, traducción de Ángela Muller Montiel.

El tema de la “vecindad” —según parece, por lo menos a primera vista— no está incluido precisamente entre los temas sociológicos fundamentales de la actualidad. Sin embargo, hace tiempo que el mismo ha llamado repetidamente la atención de científicos sociales de las más distintas ideologías. Si nos preguntamos a qué se ha debido este fenómeno, la respuesta más fácil, la encontramos paradójicamente, cuando tratamos de explicarnos cuál es la razón por la que éste parece a primera vista, menos importante e interesante que otros temas.

La sociedad moderna, de acuerdo con la quintaesencia de los análisis sociales contemporáneos, está determinada cada vez más —por lo menos desde la revolución industrial— por el juego e intercambio de manifestaciones simultáneamente gigantescas y de profunda acción, de la dinámica social, en las cuales lo cercano se va alejando cada vez a través de costumbres, usos y conductas propios, y en las que los vínculos humanos con regiones sociales, geográficas y culturales se van perdiendo. “Vivimos —dice Helmut Schelsky— en situaciones vitales que cambian rapidísimamente, en las que apenas si puede decirse que se forman normas de conducta firmes que puedan enraizar: lo que se usa hoy, mañana estará pasado de moda a causa del cambio de situación, y resultará impráctico y falso...” Como fenómeno sociológico más importante de esta dinámica social, debemos mencionar la gran movilidad social de esta estructura social; se presenta: en los cambios regionales, en los frecuentes cambios de población y de vivienda y, también, a través del rápido y amplio tráfico que hay en relación con las profesiones y el tiempo libre... La dinámica de ascenso y descenso social destruye la seguridad social,

que surge de un *status* firme o del rango de la persona o la familia, tal y como la gran movilidad regional trastorna la fuerza de retención del hogar, de la vecindad o de la comunidad.¹

Consideramos que la vecindad se presenta como uno de esos elementos de una estructura social estática que, frecuentemente, bajo las modernas condiciones sociales, ya no pueden tener cabida. Simultáneamente, también se presenta la vecindad como el principio de un orden social personalista y de corto alcance que las modernas condiciones sociales ponen en tela de juicio. "En lugar de la 'intimidad personalista... de las relaciones sociales', que caracterizaba los tiempos antiguos —escribe Schelsky— las relaciones sociales de la sociedad moderna se vuelven cada vez más anónimas. Esta anonimidad, este trato con extraños o con individuos poco conocidos, es la característica más notable de la vida en la gran ciudad, que marca —también— las relaciones de trabajo, la vida política y el trato con las oficinas públicas e incluso las diversiones y el esparcimiento. En lugar de las relaciones entre personas que se conocen bien y se tratan entre sí con confianza, y quienes, además, se consideran como personas, aparece, cada vez más, la relación puramente funcional. La objetividad de nuestra conducta, que va unida a esto, es uno de los fundamentos esenciales de nuestra sociedad moderna; conforme las relaciones sociales de los hombres se vayan reduciendo progresivamente a estos fines objetivos, el medio humano será cada vez más pobre en sentimientos y afecto y se convertirá en algo abstracto, regido por principios y por objetivos simples."²

Esta forma y estas normas de conducta en el trato de los hombres, corresponden a instituciones de objetivos racionales, en las cuales, el caso aislado se registra con un número y se considera en forma impersonal; instituciones organizadas a modo de poder abarcar a muchos individuos y que, al mismo tiempo, son suficientemente objetivas, impersonales y abstractas, para poder, por una parte, aislar, en el grupo que cae bajo su jurisdicción, la característica común e interesante, y para poder convertirla, por otra parte, en objeto de su actividad.

Con esta consideración obtenemos, evidentemente, por lo menos tres criterios para explicarnos la aparente enemistad que la sociología moderna muestra hacia la vecindad.

Si establecemos, desde el principio, que la vecindad (en todas las condiciones) es una forma social relativamente estacionaria, de corto alcance.

¹ Helmut Schelsky, *Die skeptische Generation*, Köln—Düsseldorf, Eugen Diederichs Verlag, 1957, pp. 35 y ss.

² a.a.O., p. 36.

llena de relaciones sociales humanas y personales de muchas dimensiones, resulta que esta forma social es —en los tres aspectos mencionados— contraria al principio estructural de la sociedad moderna.

No necesitamos más para comprender cuál es la razón por la cual el tema de la vecindad, no se considera actualmente como fundamental. De él no se desprenden, al parecer, las tendencias de desarrollo y las categorías típicas de la sociedad moderna, o, cuando mucho, lo hacen sólo en un sentido de formación negativa.

Sin embargo, simultáneamente hemos comprendido, en principio, cómo a pesar de todo, en nuestra sociedad moderna, el de la vecindad sigue siendo un tema ampliamente discutido de la ciencia y de la práctica sociales. Precisamente por estar la vecindad dentro del terreno de las formas sociales estructurales, en las que descansan las tendencias sociales características del presente, se pueden tomar también posiciones críticas de pensamiento, desde las que critican el carácter o del pesimismo cultural, o del reformismo social, o de la doctrina de la revolución social, ya sea que se consideren irremediables y fatales las modernas tendencias bosquejadas o ya se considere que pueden ser corregidas.

De hecho, vemos que —cuando estudiamos la vecindad desde un punto de vista general— tomando en cuenta las tres características mencionadas (de: área pequeña, estabilidad y personalidad completa); o sea, que cuando la vemos tomando en cuenta su carácter de grupo o de grupo pequeño, podemos reconocer que, la crítica social se ha ocupado de ella desde los tiempos más antiguos.

"Estar ligado al amor de la pequeña comunidad espacial a la que pertenecemos dentro de la sociedad —dice Edmund Burke, gran crítico conservador de la Revolución Francesa— es precondition esencial de cualquier dependencia posterior respecto a las manifestaciones y direcciones de la vida pública." Pero, también, en el otro lado —en el de las fuerzas que empujan hacia afuera a la sociedad antigua— se encuentran, desde temprano (desde antes de que se iniciara la revolución industrial propiamente dicha), intereses dirigidos hacia la formación social de grupos o pequeños grupos. Robert Owen y Charles Fourier (a quienes se atribuyen frecuentemente los principios del socialismo) conciben las formaciones sociales descentralizadas sobre la base del principio de los grupos. Después de que se inició la revolución industrial, entre fines del siglo pasado y principios de éste, fueron, principalmente, Ferdinand Tönnies, en Alemania y Charles Horton Cooley, en los Estados Unidos de América —ambos haciendo claras referencias a la vecindad— quienes distinguieron los conceptos de "comunidad" y "sociedad" (es decir, de "grupo primario y

“grupo secundario”) aumentando así notablemente el caudal de conceptos de la sociología. En ambos casos, concedieron gran importancia para la formación de la persona social lo mismo que para la integración de valores de toda la sociedad a las formaciones de grupo estacionarios, de pequeño alcance y de contactos personales directos. Sin embargo, mientras Tönnies se inclina a una apreciación pesimista (por cuanto para él el principio de la comunidad va siendo absorbido cada vez más por el principio de la sociedad), tanto Cooley como Alfred Vierkant, y posteriormente Hans Freyes, indican que existe la necesidad y también la posibilidad de que en las organizaciones que tienen un propósito racional, también se encuentren algunas estructuras sociales fundadas sobre el principio de comunidad de los pequeños grupos, que constituyen un cierto principio de “superposición”.

Elizabeth Pfeil ha hecho notar, correctamente, que: “Los grandes pares de contraste de la sociología teórica, ‘sociedad’ y ‘comunidad’, ‘comunidad esencial’ y ‘grupo reunido con un propósito’, ‘grupo y unión’, o como quiera que se les haya llamado... se han desarrollado en la vida social de las grandes ciudades.”³ En dondequiera que se localizan, para el desarrollo de la sociedad moderna, tendencias típicas del espacio social, se llega rápidamente a la gran ciudad —especialmente a la gran ciudad industrial— en la que hay monótonas hileras de casas grises, tráfico muy agitado y calles, en las cuales, masas de rostros anónimos parecen movidas por el principio de la sociedad moderna, que es una aglomeración de individuos, informe, que permanece unida por medio de reglas de organización (Max Weber). Ya desde fines del siglo pasado se consideró la moderna gran ciudad, caótica y de rápido crecimiento, como uno de los principales objetos de la crítica social (fuera crítica de derecha o de izquierda) y, al mismo tiempo, se le tuvo como uno de los temas preferidos para los planes de reconstrucción y de reforma social. La ciudad del futuro, de Ballod, permitiría que los hombres, después de una vida de trabajo —lo más corta posible— en la gran ciudad, se retiraran a habitaciones campestres. El inglés Ebenezer Howard y el alemán Warner Fritsch fueron entusiastas propagadores del pensamiento de la ciudad-jardín. Tanto a ellos como a muchos otros pensadores les parece que la gran ciudad es un medio de vida, cuya estructura física, por sí sola, produce el anonimato, el desarraigo y la uniformidad sicofísica de los hombres. Como el desarrollo de la planeación urbana, da cada vez más, medios de controlar el crecimiento de la gran ciudad (que había crecido libremente)

³ Elizabeth Pfeil, *Grosstadtforschung*, Bremen Horn, Walter Dorn Verlag 1950, pp. 35 y ss.

se posee ya un instrumento cuya aplicación tiene, al mismo tiempo, un significado de formación social y una función. Ha sido principalmente —al lado o en relación con los planes para la construcción de ciudades-satélites, etcétera—, el llamado "plan de vecindad" (que, como "plan de unidad y vecindad" fue expuesto por primera vez por el americano Clarence Arthur Perry en el año de 1929) el que actualmente (sobre todo en Inglaterra y en los países escandinavos) se ha convertido en parte importante e indispensable del pensamiento y la práctica de la planeación urbana. En el "plan de vecindad" parece haberse encontrado el concepto sintético que le permite al planeador urbano librarse del sentimiento de responsabilidad sociocultural surgido por las críticas a la gran ciudad, y realizar normas higiénicas y urbanas de acuerdo con su época. Mientras —como lo prevé el plan— los hombres se alojen en células pequeñas, perfectamente distinguibles unas de otras, se crearán condiciones bajo las cuales, podrán salir del anonimato y del aislamiento, podrán desarrollar un sentimiento de comunidad e incluso una conciencia popular, o, también, un sentimiento democrático de ciudadanía. La ramificación arquitectónica de la masa física amorfa de la gran ciudad en un conjunto de células de alojamiento constituye un paso esencial hacia la renovación de los vínculos sociales de contacto directo entre los hombres, sin los cuales la sociedad, a causa de su creciente difusión de conductas, se convertiría en un conglomerado de organizaciones abstractas de unión o de capas sociales indiferentes entre sí o, quizás, enemigas. Al mismo tiempo, la ramificación de la ciudad en células ofrece la posibilidad, de establecer, cerca de la casa, a una distancia que no ofrece peligro, escuelas, tiendas, parques deportivos, espacios verdes, con todas sus ventajas, y organizar el tránsito de la ciudad de acuerdo con un esquema general. No podemos extendernos más, aquí, sobre las particularidades y variaciones del plan; pero podemos afirmar que se trata, como ya dijimos, de un concepto sintético, apropiado para resolver gran parte de los escrúpulos y problemas del moderno urbanista, al mismo tiempo que ofrece firmes puntos de apoyo para una estabilización de la estructura social.

Lo mencionado anteriormente constituye solamente un bosquejo general que, de todos modos, permite comprender el motivo del interés que tiene la ciencia social en el tema de la vecindad.

La vecindad, podemos decir, se basa sobre un principio estructural que, a causa de las modernas tendencias de la sociedad (especialmente del desarrollo de la gran ciudad) va quedando cada vez más rezagado, pero que, no obstante, es considerado importante para la vida de la sociedad, por lo cual, su función puede y debe lograrse por medio de un desarrollo

social reglamentado. Como ya indicamos, fue especialmente la antigua ciencia social la que se ocupó, con interés específico, del tema de la vecindad. Desde que la moderna práctica de la planeación ha tomado también este punto de vista y lo ha convertido en una de las bases de su actividad —al lado de la investigación social empírica— ha crecido constantemente el interés por saber, entre otras cosas, si la forma y manera en que la práctica de planeación ha adoptado este punto de vista y lo ha aplicado en máximas concretas, corresponde a la realidad social existente; si la práctica de la planeación —para hablar concretamente— se encuentra en el camino adecuado, cuando, como sucede en muchas partes, se propone controlar la conducta social humana a través de la variación y la manipulación de la estructura física de la ciudad, o sí, no resulta insuficiente para ello y se queda corta en relación con la complejidad de la vida social.

Las siguientes referencias sobre los resultados de algunas investigaciones hechas directamente por el autor en el problema de la vecindad,⁴ las presentamos muy brevemente, en especial con relación al interés últimamente mencionado; o sea, si hemos de repetirlo, respecto al interés en el problema de si por medio de la planeación y construcción de unidades de vecindad en la gran ciudad, se hace sentir realmente una influencia notable sobre la estructura de la conducta social humana; si de la formación arquitectónica física en unidades, surge, verdaderamente, una situación social en la que puedan notarse movimientos hacia la tendencia social de la sociedad moderna que hemos bosquejado.

Ya algunas veces hemos mencionado estos movimientos con las palabras “grupos” o “grupos pequeños”, y éstas nos permiten también dar un primer paso hacia el marco teórico concreto de la relación en las investigaciones realizadas; es decir, hacia el problema de si la vecindad da origen al desarrollo de condiciones favorables para el desenvolvimiento de los grupos o pequeños grupos, o sea, si existe en ella: 1º, una medida de dirección de los grupos, firme y significativa, por lo que se refiere a la conducta; 2º, una gradación correspondiente del *status*, de si existen determinadas normas de vecindad, sanciones y relaciones de dirección y una conciencia de grupo determinada por la vecindad; y 3º, de si, bajo condiciones favorables de vecindad en los barrios de la gran ciudad, se manifiestan características de grupo que conduzcan a la uniformidad y estabilización del conjunto de valores que unen a la sociedad

⁴ Helmut Klages, *Der Nachbarschaftsgedanke und die nachbarliche Wirklichkeit in der Grobstadt*, Köln und Opladen: Westdeutscher Verlag 1958.

en general o si este conjunto de valores, surge por sí mismo y lleva, así, a la integración cultural y moral de la sociedad.

Puede aceptarse —desde luego— que estos principios empíricos pueden llegar a ser metódicamente significativos cuando, de acuerdo con las líneas principales de la planeación de vecindades se utilizan como campo de experimentación sociológica las unidades urbanas construidas. Estas construcciones empíricas, en la época en que yo realicé las investigaciones a que hice mención (en los años de 1953-54 y 1956-57) no eran posibles, y tuve que seguir otro camino: el de investigar las antiguas existencias de las grandes ciudades en lo referente a unidades de habitación que, aunque sólo casualmente, concordaban, en sus características esenciales, con el criterio de la planeación de vecindades. Tanto en Hamburgo, como en Dortmund, las dos ciudades en las que llevé a cabo la investigación, se encontraban estas unidades en la zona de habitación construida en los bordes de la ciudad. En Hamburgo, fueron investigadas dos regiones de habitación, y en Dortmund tres, en las cuales se distinguieron problemas diversos.

Informaré primeramente sobre los resultados de las investigaciones en Dortmund, y diré unas cuantas palabras para explicar el método y la técnica de las investigaciones: en total se presentaron cuestionarios en unas 600 casas; los cuestionarios iban dirigidos, algunas veces, a las amas de casa, pero también, en muchas ocasiones, a los esposos. Estas zonas de casas fueron construidas en los años de 1939 a 1941. Por el *status* social, puede decirse que las familias estudiadas pertenecían —correspondiendo al promedio de la gran ciudad industrial de Dortmund— en un 67 por ciento de los casos, a familias de obreros y, en un 25 por ciento de los casos, a familias de empleados inferiores. Las preguntas que se hicieron (52 en total) se referían a la determinación de la conducta de los interrogados en relación con la vecindad, y sus ideas sobre los aspectos importantes del trato vecinal. Con el conocimiento de investigaciones anteriores, de otros autores, y la experiencia obtenida de mis propias investigaciones en Hamburgo, decidí, en lo tocante al análisis de conducta, interrogar a los informantes sobre tres categorías distintas de conducta, que, según esa experiencia, tienen una significación especial en el trato vecinal, y que al mismo tiempo, pueden servir como índices del contacto vecinal. Se trata de:

1. Formas de conducta ceremonial, que surgen del cumplimiento de las reglas de cortesía: especialmente la de saludarse, la de participar en los acontecimientos familiares y en caso de muerte.

2. La conducta de solidaridad que se refiere a una ayuda mutua en casos prácticos (y que se manifiesta, por ejemplo, préstamos, en ayuda en casos de enfermedad y en encargos mutuos).

3. Sobre la conducta de contacto individual, que tiene un carácter especial de conocimiento.

Al evaluar los resultados de la encuesta se probó también la estructura espacial o, en cierto modo, la topografía de estas formas de conducta. Los resultados fueron los siguientes:

1. No es posible concebir la vecindad —como pudo observarse en las regiones estudiadas— como una figura espacial encerrada en sí misma y no diferenciada, que estuviera aislada de las numerosas formas posibles de contacto con el exterior. Tampoco puede comprenderse siguiendo un sencillo modelo de dos partes claramente diferenciadas de conducta contraria, según el cual, un círculo estrecho de familias se vería más ligado (en mayor número, y con mayor intensidad de formas de interacción) que un círculo más grande y el círculo interior formaría una unidad perfectamente limitada, en tanto que las zonas individuales exteriores se considerarían, todas, como un conjunto indefinido. Por el contrario, se dividen en numerosos círculos (zonas de extensión de las formas de contacto individual) que solamente se pluralizan cuando son consideradas desde el punto de vista de la familia individual; pero que están ordenadas concéntricamente.

2. Sólo bajo la agobiadora cantidad de datos estadísticos referentes a los círculos exteriores (entierros y saludos) puede suponerse que la conducta vecinal en las zonas estudiadas tenga tendencia a adoptar una forma espacial cerrada. El trato vecinal, de hecho, se relaciona sólo en sentido muy limitado con las fronteras de un espacio de contacto super-individual y comunal. En su estructura espacial, muestra notables matices individuales, y debe ser considerado desde el punto de vista del individuo aislado o de la familia particular. Tampoco puede definirse una tendencia hacia la identidad de la estructura espacial de la vecindad dentro de una comunidad de casas.

3. Como núcleo perfectamente aislable de la relación vecinal sólo puede considerarse la casa. Aquí se encuentra:

- a) Una notable acción mutua de las formas aisladas de contacto y
- b) sobreposición de las formas de conjunto, ya sea porque éstas se encuentran ligadas directa y exclusivamente en esta estrecha zona de

contacto, o porque, sencillamente, representen una parte de la región de contactos, generalmente extendida, determinada individualmente.

Como ya se demostró al analizar su uso, el concepto de vecindad cubre la zona de la casa, pero no el círculo circundante que, en general, se ha mencionado como vecindad. La relatividad y la centralización familiar del concepto corresponde al centro familiar y a la falta de integridad espacial de la conducta. Si, junto con G. Simmel, consideramos como condición previa de la existencia de un grupo "la determinación cuantitativa" —aunque se trata de un grupo informal— entonces se nos presenta una duda importante sobre el carácter de grupo en el trato vecinal.

Esta duda aumenta por cuando en las regiones estudiadas no se pudieron encontrar esfuerzos de ninguna clase para establecer verdaderos vínculos, ni resentimientos hacia las preferencias en la interacción individual, ni normas que indiquen algún grado de conducta vecinal explícita.

Si los problemas que han dado estos resultados se dirigen hacia la extensión espacial de las diversas formas de conducta, entonces hace falta otra investigación que se dirija al estudio de la intensidad, o, para decirlo más claramente, de la selectividad de las formas de conducta estudiadas. Por lo que respecta a las formas de conducta ceremonial se han obtenido los siguientes resultados: individualidad dominante, normalismo indirecto respecto a las costumbres y descuido establecido sobre las relaciones de saludo: individualidad dominante, selectividad, espontaneidad y dependencia con respecto a la comunicación en casos de entierro y de participación en los festejos familiares. Además, se pudo comprobar que, dentro de cada casa individual, hay variaciones en lo referente a estas condiciones, en el sentido de que la generalidad y el normalismo indirecto se encuentran, parcialmente o en su totalidad, en sustitución de los conceptos antagónicos que se aplican a regiones más amplias.

Una conducta semejante se observa en los actos de solidaridad; también aquí tropezamos con una profunda individualidad, gran selectividad, espontaneidad, y el hecho de que se espera que se den aviso sobre los acontecimientos entre los vecinos. Solamente constituye excepción el caso de ayuda a los enfermos que, por lo menos dentro de cada casa, es algo que se espera por sí mismo, aun cuando también, en algunos casos, se presten ayuda subsidiaria los parientes.

Tanto las diversas normas de conducta ceremonial, como los actos de solidaridad y los que pertenecen a estas dos categorías —en los cuales debe surgir primeramente un afianzamiento de los sentimientos de grupo

y homogeneización de las normas de conducta vecinal— muestran en las zonas estudiadas, en forma preponderante, sólo el carácter individual, dentro de la familia aislada, es decir, una conducta negativa de contacto social. La estructura física favorable a la vecindad de las zonas estudiadas, apenas si provocó algún síntoma notable de que existían sentimientos vecinales, es decir, de carácter grupal, o formas de conducta que ligen los grupos, así como tampoco había aspiraciones sociales específicas de grupo en relación con el contenido de las formas de conducta mencionadas. Desde luego pudo encontrarse que, al lado de las formas de conducta de práctica cotidiana manifiesta de la vecindad, existe una vecindad latente, que se manifiesta a través de numerosas actitudes por las que se espera ayuda de los vecinos, en caso de alguna necesidad familiar o personal. Pero, también estas esperanzas de ayuda son selectivas; no se dirigen a toda la vecindad o a todos los vecinos, sino a determinados vecinos con quienes cada persona se considera más estrechamente ligada, a través de relaciones de amistad o conocimiento. Solamente la propia casa constituye una excepción aquí, lo mismo que en el caso de las formas manifiestas de conducta.

Por lo que se refiere a la propia casa, existe aquí una actitud específica sobre la que hablaremos más adelante. Por lo pronto, nos dedicaremos a las formas de conocimiento individual o familiar en los contactos aislados en los que, como observamos, el trato vecinal (es decir, propiamente no es vecinal) en las colonias, se manifiesta más ampliamente. Las investigaciones llevaron a la conclusión de que, dentro del campo de habitación más cercano, los informantes distinguieron fundamentalmente dos categorías de conocidos: 1, aquellos a quienes se ha conocido en circunstancias que no tienen que ver nada con que vivan cerca; y 2, aquellos a quienes se ha conocido directamente porque viven cerca. De esta información se desprende que de los conocidos que viven cerca de las personas informantes, constituyen un 60 por ciento los que se conocieron fuera de la vecindad y 40 por ciento los que se conocieron dentro de la vecindad.

Si se precisan estos datos, se tiene un promedio de 15 por ciento de los conocidos de las personas informantes que fueron encontrados dentro de la propia calle, es decir, dentro de un pequeño ámbito de la ciudad o del país, con lo cual se reconoce —desde luego— como una función específica la función del vivir cerca, que, al final, habrá de ocuparnos fundamentalmente. El hecho de vivir cerca se presenta como un catalizador de los contactos entre las personas y entre las familias, con las cuales, en otras circunstancias quizás se tuvieran relaciones muy superficiales, de base individual.

Por lo que se refiere a la posición de la persona informante en relación con su vecindad, encontramos, como tema principal, que todo este complejo se ha desarrollado en forma muy débil y sin especificación. A la pregunta de si la persona informante era bien vista en su vecindad, la mayoría de los interrogados respondieron en forma positiva. Solamente un por ciento muy pequeño tomó en cuenta, como base de esta respuesta, el medio humano circundante. Otra pregunta se refería a quiénes serían las personas que el informante preferiría como vecinos en caso de que pudiera escogerlos. En todos los casos, como ayuda para la respuesta se decía: ¿personas del mismo oficio, o con la misma posición en el oficio; personas de la misma religión; personas del mismo origen geográfico; de la misma posición política; amigos y compañeros de la misma oficina o fábrica? Lo curioso fue que la mayoría de los informantes no utilizaron estos incisos, de ayuda para la respuesta. El grupo notablemente mayor respondió mencionando las "cualidades morales", en primer lugar. Las cualidades morales son, en gran parte, las que se refieren: al respeto por los deseos de los vecinos, a no darles molestias, a llevar una existencia privada tranquila, a observación ordenada de las reglas generales (especialmente las que se refieren al orden doméstico).

A esto se agregan también pretensiones o reclamaciones sobre la forma de vida de los vecinos, en las cuales se nota el aspecto del control moral, considerado como muy importante por los antiguos teóricos de la vecindad; pero, precisamente la amplitud que se da a este aspecto, crea un dilema específico como es el del control moral en la vecindad. Aquí y allá se encuentran algunos síntomas de esto; por ejemplo, el chisme, que se considera como instrumento típico del control vecinal y que ejerce cierta presión en favor de la conformidad. Al mismo tiempo, existe en medida mucho mayor la pretensión de que los vecinos se abstengan de chismorrear, con lo cual de hecho, se considera al chisme como algo ilegítimo y se ve que uno de los instrumentos de control moral constituye una norma diametralmente contraria. Desde luego que se puede comprobar que esta norma contraria no existe en los casos en que se trata de formas de conducta que tocan el terreno de lo criminal. En estos casos surge y esto es —cosa que no debe sorprender— una sanción comunal que puede ir desde el linchamiento, hasta los esfuerzos para eliminar del rumbo al culpable. Naturalmente que aquí sólo se trata de casos excepcionales y no de acciones que actúen constantemente en forma positiva.

Una afirmación muy ilustrativa de que en las regiones estudiadas, no existen orientaciones vecinales típicas de grupo que merezcan ser men-

cionadas, es la que dan las respuestas a la pregunta de si hay en la vecindad personas especialmente apreciadas. La gran mayoría de los interrogados (92 por ciento) respondió en forma negativa, en tanto que el resto mencionó a los sacerdotes, los miembros de la administración de la zona, y los dirigentes de los clubes eclesiásticos o de los partidos; es decir: a personas que no pueden considerarse como vecinos en un sentido plenario.

Igualmente, como lo que se espera de los vecinos apunta en el sentido de la exigencia de discreción, por lo que se refiere a la pregunta de los temas de conversación entre vecinos, se menciona en forma notable, la importancia de los motivos para que haya discreción. Desde luego, se mencionan temas como la política, la vecindad, la profesión, la idea del mundo y la religión. Pero el número de veces que se mencionan estos temas es relativamente pequeño, y el número de veces en que se excluyen definitivamente estos temas de conversación es relativamente elevado. Constituyen una excepción las categorías "precios", "problemas de compras", "problemas de las amas de casa" y "problemas personales". Las conversaciones entre vecinos resultan orientadas, en su mayoría, hacia el consumo y, de hecho, parece desprenderse de estas conversaciones cierta manifestación de conformidad, en dirección del cumplimiento de un cierto panorama general de nivel de vida de gente menuda; una conformidad que se nota también entre quienes no participan en las conversaciones orientadas hacia el consumo, ya sea porque no van, o ya sea porque sus pretensiones y posibilidades los llevan más arriba. Estos últimos son quienes se quejan principalmente de la envidia de los demás, como se dice vulgarmente. Junto a la acción catalizadora, ya mencionada, de la vecindad, en relación con los contactos individuales de conocimiento, y al lado de la reserva impuesta por la vecindad por lo que se refiere a las necesidades pendientes para el futuro, encontramos aquí la tercera y última dimensión de las funciones de la vecindad en la gran ciudad que encontramos en la investigación sobre Dortmund. Al mismo tiempo, encontramos aquí el único caso en que la vecindad en la gran ciudad, se muestra, en las regiones investigadas, como un medio social, orientado en conjunto, de contactos reales directos, estabilizador. El trato vecinal da por resultado un proceso de formación de la opinión general sobre el consumo, en cuanto factor importante, y posee también un valor de situación en el fundamento del moderno sistema económico. Es muy notable la tendencia general respecto al consumo, que se produce en la comunicación entre vecinos y que no se refiere a la posición social del individuo aislado, sino a su posición dentro del conglomerado social, de

la cual deriva su posición de consumo. Como ya dijimos, las conversaciones sobre el trabajo y los problemas de la profesión quedan excluidas, y no se encuentra ningún indicio de que los que trabajan y los que no trabajan se diferencien en algo con relación a su situación respecto de la información sobre el consumo. Ni siquiera quienes no trabajan se quejan de la envidia de quienes trabajan, sino que los que tienen más dinero, se quejan de la envidia de los que o tienen menos o no saben emplear bien su dinero (ésta es una frase que se oye frecuentemente). La frase: "No se trata de saber dónde o en qué se trabaja; lo importante es que alguien trabaje honradamente" abarca, en cierta forma, la zona de intereses que existe dentro de la zona de habitaciones con una estructura social relativamente homogénea por lo que se refiere a la posición de los individuos dentro del conglomerado social.

Justamente la referencia a la estructura social relativamente homogénea de estas colonias, lo mismo que al hecho de que los habitantes de esta zona sean principalmente gente menuda, podría hacer que se supusiera que el hecho de que la comunicación vecinal en las conversaciones se limite al tema del consumo, no se debe a una excesiva discreción en el trato vecinal, o a que sea una manera de evadir otros temas más importantes y personales, sino a la estrechez original del horizonte de intereses de la gente menuda. El hecho de que en las conversaciones entre vecinos se evite hablar de política, de la concepción del mundo o de la religión, puede deberse, no al deseo de limitar los contactos entre vecinos, sino al deseo de evitar estos temas de conversación, y la interpretación nuestra en el sentido de que la limitación de temas, revela una deficiencia de la comunicación vecinal, podría no ser —al fin de cuentas— sino un prejuicio intelectual de investigador.

La observación sobre la evaluación individual selectiva de las posibilidades vecinales, sobre el hecho de evitar los chismes, sobre la falta de una estructura vecinal de posiciones lo mismo que el que no se participe en los conflictos vecinales, hacen que parezca dudosa una afirmación en el sentido arriba apuntado y, por el contrario, hacen pensar que la limitación de comunicaciones se debe, a una verdadera neutralización de las potencialidades de la comunicación. Esta exposición requiere aclaración, cuando pensamos en si se considera o no importante una buena vecindad y por qué y vemos que, en conjunto, forman un 80 por ciento las afirmaciones en las cuales se hace resaltar la importancia de las buenas relaciones vecinales, no a causa de determinados factores actuales ligados con ello, sino de ciertos temores sobre el futuro, o para evitar peligros de conflicto.

La visión sobre el ánimo fundamental en el tráfico vecinal se hace más profunda cuando consideramos la respuesta a la pregunta: "¿Cómo se imagina usted, una relación vecinal ideal?" Más de las dos terceras partes de las personas interrogadas hicieron hincapié en que resulta esencial conservar la distancia. El tipo de actitud dominante se caracteriza por el deseo de tener bien limitada la esfera de la vida privada de la esfera de vida pública, cubierta por una delgada película, relativamente amplia, de contacto vecinal; es decir: por el deseo conjunto de conservar su intimidad y no tener conflictos. El hecho de que el deseo de conservar distancias se haya presentado en un número sorprendentemente grande de casos como clave para juzgar la situación, permite obtener, nuevamente, sobre el tráfico vecinal, en conjunto, la conclusión de que, en estas colonias hay una aguda necesidad de independencia, a pesar de las dificultades internas y externas, lo cual indica claramente la existencia de una problemática específica de distancia o independencia. Es evidente que en estas colonias no se decidió previamente, en forma institucional, la distancia entre las habitaciones. Se dejó esto a los descubrimientos individuales, realizados penosamente de caso en caso. El haber dejado a cada individuo la difícil tarea de un desarrollo independiente, es causa de que encontremos en las relaciones de vecindad una falta de forma objetiva, que corresponda al motivo individual de alejamiento en la categoría estructural.

Si nos preguntamos cuáles son los motivos de esta manifestación especial en el trato vecinal, en la mayoría de los casos tropezamos con la opinión de que, debe evitarse una relación más estrecha, porque así, con una intensidad creciente se llega a un mayor alivio. Lo que encontramos aquí, según puede interpretarse conjuntamente, es una inseguridad en la conducta; inseguridad por lo que se refiere a la interpretación de la propia forma de vida y de la propia orientación en relación con los demás. Es el temor de que la amistad sea mal comprendida, de que algún día tenga uno que decepcionarse y tenga que oír del otro malas interpretaciones. Detrás de la confianza exterior y los contactos corteses y sin compromiso en el trato vecinal se encuentra, según comprobaron las propias personas informantes, un abismo de distanciamiento entre los hombres. Las diversas naturalezas que se desarrollan ocasionalmente en la pluralidad de medios especiales de nuestra sociedad multiforme, podemos afirmar que están separadas, aun dentro del trato vecinal; que se tocan sólo de una manera más o menos superficial y que nunca llegan al núcleo esencial de la personalidad. Falta una base de unión de los bienes poseídos en común, que pudiera quitar agudeza al sentimiento de extrañeza

y que al mismo tiempo, hiciera superflua la prudencia miedosa en relación con los demás. La emotividad, la amargura y la decepción y, precisamente, el distanciamiento espontáneo y enérgico con el que se evitan los contactos vecinales más íntimos, deja ver con claridad que, en este aspecto, el hombre menudo de la gran ciudad no aspira a perder su anonimidad original, y la necesidad de privacidad, indica, por el contrario, que esta necesidad indudablemente muy fuerte de privacidad, se ve satisfecha; que hay reservas de contacto que, de acuerdo con la propia experiencia y las propias observaciones, concuerdan con otras experiencias sobre actitudes de extrañeza, las cuales, por el solo contacto de la vecindad física, a través del hecho de vivir cerca, no pueden ser movilizadas.

Esta observación, que concuerda, en lo esencial, con los resultados de otras investigaciones, y que constituye el resultado principal de las investigaciones en la zona de Dortmund, se confirma con gran claridad con las observaciones más minuciosas sobre la situación vecinal, realizadas dentro de las casas individuales. En el curso de esta exposición, la casa ha sido considerada algunas veces como el núcleo del trato vecinal; como el núcleo en el cual pueden encontrarse primeramente las normas generales de las distintas formas de trato vecinal. El núcleo "casa", al ser considerado más de cerca, se presenta no solamente como el sitio en que se encuentra la mayor homogeneidad y cohesión en las formas de trato vecinal, sino —al mismo tiempo— como punto de concentración de las dificultades vecinales específicas. En la mayoría de las casas hay situaciones de conflicto —agudos o crónicos— además de que se manifiesta, en grado excesivo, el motivo discreción, en relación con la persona que vive en la propia casa. Por lo tanto, podemos decir, que con nuestra conclusión sobre el distanciamiento humano que existe dentro de la vecindad y sobre las dificultades que a causa de esto enfrenta el individuo, abarcamos también un dilema que comprende el núcleo "casa". El núcleo se manifiesta, lo repetimos, paradójicamente, no sólo como el sitio en que surgen en forma más clara y distinta las formas vecinales típicas, sino, también, como el sitio en que se producen los problemas más agudos en relación con el trato vecinal. Las probabilidades y el riesgo aumentan notablemente en proporción directa del aumento de la cercanía espacial. En conjunto, el trato vecinal en las colonias examinadas en Dortmund no tiene una estructura grupal típica. Es cierto que en el núcleo llamado "casa" se encuentran algunas manifestaciones especiales; pero, como sabemos, son interpretadas, en este terreno, como consecuencias secundarias, y como los riesgos de las posibilidades de ruina de las relaciones íntimas.

El medio vecinal tiene también muy poca fuerza para conformar o marcar el ambiente. De acuerdo con nuestras observaciones, no es capaz de desarrollar, por sí mismo, una base de unión para la comunidad. Lo que separa se dispersa, y el contacto se limita a las capas exteriores de la personalidad. Si nos preguntamos si el trato vecinal conduce a la unidad o a la aceptación automática del conjunto de valores integrativos de la sociedad en general, tenemos que contestar en forma negativa si exceptuamos las comunicaciones sobre consumo. De acuerdo con este marco teórico de referencia, se contradicen también las esperanzas de la moderna planeación, según la cual, al proporcionar una forma de vida vecinal favorable se lograría una formación social de la conducta. El trato vecinal en la gran ciudad refleja —donde encuentra condiciones de desarrollo exterior excepcionalmente buenas— exclusivamente situaciones de conjunto social, sin dejar fuerzas libres que puedan contrarrestar estas situaciones.

La pluralidad de formas de existencia en la multiformidad de la vida moderna de conjunto, la centralización de las instalaciones sociales que aseguran la vida, la polarización del mundo del trabajo y del mundo de la habitación y, finalmente —lo más importante de todo— la pluralidad y relatividad de las orientaciones de valores, aun en capas sociales que tienen cierta homogeneidad, caracterizan predominantemente el tráfico vecinal en la ciudad moderna.

Si de todos estos resultados no sacamos como conclusión una respuesta negativa ilimitada a la pregunta sobre la función social de la vecindad en la sociedad moderna, esto se debe, por una parte, a lo que hemos dicho sobre la significación de la vecindad como catalizador de los contactos individuales de conocimiento; pero, sobre todo, a lo que se dijo últimamente sobre el uso imperativo de la necesidad de contacto. Aunque toda la estructura del trato vecinal tenga su punto de partida en experiencias de distanciamiento y extrañeza, el hecho de que en última instancia se aparte de la relatividad de la orientación de valores sociales, nos hace pensar, que nos encontramos frente a otra estructura de conjunto muy distinta de las relaciones vecinales, cuando nos ocupamos de poblaciones en las que se supone una identidad en la orientación valorativa fundamental y en imágenes orientadoras; en la cual existe consenso en cuanto a valores e ideas dirigentes. El problema de la función o de la posible función de la vecindad en la sociedad moderna, se amplía aquí con el problema de una posibilidad, de una orientación especial en el consenso de valores y de ideas dirigentes. Una sociedad que posibilite este consenso salido de sí, es posible que llegue a lograr con el contacto humano

producido en la vecindad, un potencial valioso que sirva para su estabilización.

En lo referente a la problemática que crea esta cuestión para conducir a respuestas más practicables el preguntarse si, a través de la reunión de los hombres que se logra en la vecindad se encuentra —fuera de la existencia vecinal en comunidades esenciales— una actualización del contacto vecinal. En este punto, entra en acción la función de la vecindad como catalizador de contactos, y es posible preguntarse si esta función no puede independizarse de la casualidad individual y ser elevada a la categoría de concepto sistemático. Esto significaría que nos alejamos del fetichismo de la simple cercanía espacial, y que algunos planeadores tomarían en consideración el concepto de la vecindad homogénea, que reuniría a las poblaciones que tuvieran características sociológicas esenciales semejantes o cuya orientación fundamental o comunidad de intereses fuera idéntica. La colonia en torno de la fábrica, la colonia en torno de la escuela popular y la colonia de religión homogénea presentan alternativas que son discutidas o que ya se han realizado. En el fondo, ésta es una solución que también sirve de base al concepto de Moreno de la terapia social sociométrica. Por lo que se refiere al hecho de que nuestros resultados sobre las posibilidades de contacto se refieren a poblaciones que, desde el punto de vista de las clases sociales, son bastante homogéneas, surge la interrogante general que pregunta qué intereses e ideas directivas del hombre actual son suficientemente fuertes para distribuir las fuerzas de diversas direcciones. Dentro del marco de las investigaciones realizadas en Dortmund, se pudieron recoger observaciones muy significativas, referentes a las consecuencias que derivan, para el trato vecinal, de la superposición de la característica de la vida en común con la característica consistente en pertenecer a las mismas fábricas; es decir, de la realización del concepto de "colonia fabril". El resultado fue negativo, por cuanto demostró que, esta superposición no hacía más que aumentar la necesidad de privacía que ya se había encontrado y que, por ello, se había introducido cierta tensión en las relaciones vecinales. También dieron resultados negativos las investigaciones realizadas en Hamburgo, referentes al resultado de una superposición del círculo de habitación con el círculo escolar. Se demostró que el interés común de la escuela popular es demasiado débil para crear una situación de comunidad. De los resultados de la investigación realizada en Hamburgo, parece surgir —también— una prognosis negativa por lo que se refiere a los esfuerzos para crear, siguiendo a Arthur Mahrauns, una situación comunal, interesando a los habitantes de algunas calles en los asuntos comunes del barrio: la

actitud dominante aquí fue la del “uso”, y los pocos iniciadores adquirieron a los ojos de los otros una posición de funcionarios.

No obstante, aún no se ha dicho la última palabra en estos asuntos, y se necesitan investigaciones posteriores para estudiar la formación de los grupos vecinales en las poblaciones religiosas activas, o en poblaciones en que se sobreponen diversas características. De todo lo anterior, se desprende el que hay que determinar si no se podría lograr, por medio de vecindades altamente homogéneas, la socialización de los *gettos* y si no se lograría, con ello, la neutralización social de las minorías socialmente activas.